



1. INTRODUCCIÓN

Este artículo reflexiona sobre la innovación terrorista, uno de los factores de riesgo que el terrorismo yihadista plantea en sociedades democráticas occidentales como la española. Los constantes intentos por innovar son característicos de la mayoría de las expresiones terroristas, siendo además notorios los esfuerzos de innovación por parte de aquellos individuos que al asumir una interpretación fundamentalista del Islam llegan a aceptar la justificación y realización de acciones violentas en nombre de una causa religiosa y política. Las tendencias que se aprecian al analizar la evolución del terrorismo islamista confirman que la innovación requiere una eficaz labor de prevención y prospectiva con el objetivo último de contención de dicha amenaza terrorista. Es por ello por lo que las siguientes páginas abordan algunas de las cuestiones que demuestran la relevancia que la innovación terrorista posee en la planificación de una respuesta antiterrorista eficaz.

2. LA INNOVACIÓN TERRORISTA: BUSCANDO LA SORPRESA

El terrorismo internacional no ha dejado de ocupar la atención de medios de comunicación y opinión pública desde los atentados suicidas del 11 de septiembre de 2001. Ese día se produjo “un suceso sísmico de consecuencias incalculables”,¹ como escribió el académico Gilles Kepel al referirse al momento en que, como señaló la comisión de investigación de dichos atentados, “cambió el mundo”.² El impacto propagandístico de tan extraordinaria tragedia quedaba también de manifiesto en la propaganda utilizada por integrantes de diversas redes terroristas. En dicho material los responsables de los atentados perpetrados en Estados Unidos eran descritos como “jóvenes valerosos que lograron cambiar la Historia”. Por todo ello, la magnitud de semejante acción terrorista ha generado un deseo de emulación y superación entre quienes propugnan una violencia que puede definirse como yihadista o de inspiración islamista. En consecuencia, inmediatamente después del 11 S, diversos han sido los actores que han intentado cometer atentados terroristas que alcanzasen similar espectacularidad.

¹ Gilles Kepel, *Jihad: the trail of political Islam* (Cambridge: The Belknap Press, 2003), p. 1.

² Steven Strasser (ed.), *The 9/11 investigations* (Nueva York: Public Affairs, 2004), p. ix.

Los atentados perpetrados el 11 de marzo de 2004 en Madrid y el 7 de julio de 2007 en Londres no alcanzaron la letalidad del 11 S, si bien reunían algunas de las características que convirtieron todas estas masacres en referentes para otros terroristas: violencia indiscriminada con la que se perseguía lograr una elevada letalidad mediante atentados simultáneos contra redes de comunicación en importantes capitales durante la hora punta. Los atentados terroristas planeados en Europa y otros lugares del mundo con anterioridad y posterioridad también manifestarían algunos de esos factores en la búsqueda de imágenes espectaculares tan ansiada por el terrorista. Además muchos de estos atentados revelaban la intencionalidad de sus autores por introducir innovaciones que incrementaran el impacto de sus acciones.

Así por ejemplo, en diciembre de 2001 Richard Reid fue arrestado antes de hacer explotar en un vuelo de París a Miami el explosivo plástico que escondía en su calzado. Dos años después, la policía británica detendría a Sajid Badat acusándole de haber intentado cometer en 2001 otro atentado suicida en un vuelo transatlántico mediante la utilización de explosivos escondidos también en sus zapatos. En noviembre de 2002 las autoridades estadounidenses alertaron sobre la preparación de diversos planes por parte de Al Qaeda para perpetrar atentados simultáneos contra ferris europeos. En febrero de 2003 el diario británico The Guardian informó de la existencia de una trama terrorista vinculada a Al Qaeda que pretendía introducir en Reino Unido misiles tierra aire con los que derribar aviones durante su despegue desde el aeropuerto londinense de Heathrow.

En febrero de 2004, la policía italiana desarticuló un grupo conformado por tunecinos y marroquíes que pretendía atacar contra el metro de Milán y una iglesia de la localidad de Cremona. Ese mismo mes, en Reino Unido otra célula fue interceptada mientras preparaba atentados en Londres con bombas preparadas con fertilizantes. En agosto de 2004, Dhiran Barot, un musulmán británico residente en Londres, admitió su implicación en la preparación de atentados terroristas en los que deseaba utilizar “bombas sucias” y otros explosivos con los que pretendía asesinar tantas personas como le fuera posible, según su propia confesión.

Algunos meses más tarde, en noviembre, la policía holandesa arrestó a integrantes de otro grupo de radicales que planeaban múltiples atentados con explosivos además de asesinatos de políticos y periodistas. El 21 de julio de 2005, días después de que 52 personas fueran asesinadas en simultáneos atentados suicidas en el centro de Londres, un grupo de terroristas cometieron varios errores que les impidieron perpetrar una nueva masacre en el sistema de transporte emulando la matanza del 7 J. Un año más tarde, en julio de 2006, varios artefactos explosivos preparados por dos estudiantes y colocados en trenes entre las localidades alemanas de Dortmund y Koblenza no llegaron a estallar debido a la rudimentaria técnica utilizada por los terroristas, que se sirvieron de Internet para intentar preparar sus bombas.

En agosto de ese año en Reino Unido tuvo lugar la detención de individuos que preparaban una de las más ambiciosas operaciones terroristas consistente en perpetrar atentados suicidas de manera simultánea en vuelos transatlánticos con salida desde Heathrow mediante la utilización de explosivos líquidos. Un año después, el Reino Unido volvería a ser blanco de los terroristas, aunque afortunadamente falló el sistema de control remoto que

habría hecho explotar un coche bomba en la puerta de un club social en el centro de Londres. Tan solo un día más tarde de esta operación fallida, dos terroristas suicidas explosionaron un coche bomba cargado con bombonas de gas en el aeropuerto de Glasgow, si bien sólo murió uno de los criminales, lográndose la detención del otro.

En noviembre de 2008 tuvo lugar una de las operaciones terroristas más espectaculares de los últimos años, demostrando una novedosa aplicación de tácticas terroristas previamente utilizadas. Durante cuatro días un total de diez terroristas llevaron a cabo una acción coordinada en diez escenarios diferentes de Bombay. La indiscriminada violencia de los asaltantes se cobró la vida de 200 personas, finalizando la operación cuando la mayor parte de los terroristas murieron después de haber resistido varios de ellos el asedio de soldados de élite que intentaban poner fin a la toma de rehenes que también llevaron a cabo en varios enclaves. Las terribles imágenes de la brutal acción fueron retransmitidas al mundo entero ante la sorpresa generalizada de las audiencias internacionales.

Fue precisamente la abrumadora magnitud de la violencia perpetrada la que confería a esta singular acción su principal rasgo novedoso, pues no era la primera vez que el terrorismo seleccionaba como objetivo una serie de infraestructuras turísticas y grupos de turistas extranjeros con la intención de dañar la economía del país blanco del terrorismo y de internacionalizar la causa de los perpetradores. Tampoco resultaba novedosa la utilización de armamento convencional, aunque sí el modo y la eficacia con la que los terroristas, como si se tratara de un comando militarmente adiestrado, actuaron. Lo hicieron además recurriendo a innovaciones tecnológicas como el empleo de GPS para orientarse en la capital india y comunicación a través de BlackBerry y teléfono satélite. El recurso a la toma de rehenes introducía una originalidad respecto a las pautas más tradicionales de esta táctica, pues en ningún momento se apreció que los terroristas tuvieran intención alguna de negociar su liberación.

Más recientemente, en diciembre de 2009, un terrorista de origen nigeriano fue detenido al intentar hacer explotar en un vuelo Ámsterdam-Detroit los explosivos que había escondido en su ropa interior. Casi un año después, en noviembre de 2010, diversos paquetes enviados por mensajería desde Yemen fueron descubiertos en aviones con destino a Reino Unido y Estados Unidos. En mayo de este mismo año, la alarma terrorista saltó en Nueva York al descubrirse el intento de explosionar un coche bomba en la célebre Times Square de esta ciudad. En diciembre de 2010, otro terrorista explosionó un coche bomba en el centro de Estocolmo sin causar víctimas mortales debido a fallos en la planificación del atentado. El 23 de enero de 2011 un atentado suicida en el aeropuerto de Moscú causó la muerte de más de una treintena de personas.

Son estos algunos de los planes terroristas elaborados, que no todos, desde aquel histórico 11 de septiembre.³ Esta síntesis, aunque no pueda considerarse exhaustiva, sí es lo suficientemente ilustrativa de la persistencia del terrorismo inspirado y dirigido por Al Qaeda que ha venido reproduciéndose por todo el mundo. Revela además una constante búsqueda

³ Una cronología más detallada puede encontrarse en Petter Nesser, "Chronology of Jihadism in Western Europe 1994-2007: Planned, prepared, and executed terrorist attacks", *Studies in Conflict and Terrorism*, 31, pp. 924-946, 2008.

de innovaciones por parte de los terroristas que con frecuencia recurren a la combinación de diversas tácticas con las que incrementan la sorpresa entre diferentes audiencias y sus víctimas. En este sentido, los atentados del 11 de septiembre de 2001 son particularmente reveladores, pues ponen de manifiesto innovaciones de tipo operativo, táctico y estratégico.

En primer lugar, los atentados de aquel día pueden considerarse como los primeros en los que los terroristas consiguieron con éxito estrellar aviones comerciales contra edificios en el centro financiero de una cosmopolita capital, fracasando sólo parcialmente en su intento de causar una mayor devastación al dirigir sus ataques contra un centro estratégico como el Pentágono. En segundo lugar debe destacarse la exitosa aplicación de diversas tácticas terroristas para lograr tan destructiva innovación al recurrirse a acciones sincronizadas en numerosos escenarios que incluían la toma de rehenes mediante la utilización de rudimentarias técnicas que permitieron burlar los sistemas de seguridad. Todo ello hizo posible la ejecución de un audaz plan de limitado coste económico, coste absolutamente desproporcionado con el generado por una operación de un impacto estratégico sin precedentes.

Precisamente la relativa sencillez con la que se materializó con éxito una operación en apariencia tan compleja fue la que permitió acentuar el logro de los terroristas y, en consecuencia, la sensación de humillación de la nación seleccionada como blanco, esto es, los Estados Unidos. El éxito se vio acentuado además por la consecución del que se puede prever era una de los objetivos de los responsables, esto es, la provocación de una reacción que en algunos aspectos debe considerarse desproporcionada al incluir acciones ilegales y, por tanto, susceptibles de ser manipuladas por los terroristas como legitimación para sus injustificables acciones.

Debe recordarse que el terrorismo constituye un tipo de violencia social que posee un impacto tanto físico como psíquico, practicada con la intención de provocar reacciones emocionales como el miedo y la vulnerabilidad, además de con el objetivo de condicionar conductas individuales y colectivas, motivo éste por el que anhela una publicidad. Por todo ello, la sorpresa debe entenderse como un relevante factor que facilita las pretensiones terroristas. De ese modo, ante el natural temor que la sorpresa suscita, frente a la seguridad que genera lo conocido, constante es el recurso de los terroristas a tácticas que poseen la capacidad de sorprender y, por tanto, de multiplicar la sensación de vulnerabilidad, terror e inseguridad.

Estas sorpresas en la forma de innovaciones diversas tienen además el potencial de reproducir el efecto perseguido por el terrorista al estimular un lógico temor a una escalada. Semejante lógica es la que explica la obsesión por lograr la repetición de una espectacular acción terrorista mediante la destrucción de aeronaves en vuelo. La insistencia por este tipo de operaciones de gran impacto condiciona una estrategia yihadista cuyos pilares son la prevención de atentados y la alteración de los planes terroristas, la persecución de sus responsables, la protección de potenciales objetivos, y la preparación para las consecuencias de tramas que no sean frustradas.

Sin embargo, debe recordarse que la atracción por los atentados contra aeronaves no es absolutamente novedosa. En el periodo comprendido entre 1980 y 1989, seis fueron las

acciones terroristas en diversos lugares del mundo en cada una de las cuales se registraron más de cien fatalidades. El 23 de octubre de 1983 un atentado suicida de Hezbollah contra el cuartel general de los marines estadounidenses en Beirut provocó 241 muertes. Los otros cinco incidentes de dicho periodo con resultado de más de cien muertos cada uno consistieron en atentados contra aviones comerciales, táctica especialmente frecuente en esa década. El 29 de noviembre de 1987 un avión comercial de Korean Air explotó en vuelo matando a 115 personas. Los responsables del atentado confesaron ser agentes secretos del gobierno de Corea del Norte. El 19 de septiembre de 1989 una bomba explotó en el vuelo de Brazzaville a París de la compañía área francesa Union des Transports matando a 171 personas, atentado atribuido a Hizbullah.

En noviembre de ese mismo año un artefacto explosivo estalló en un avión de la compañía colombiana Avianca asesinando a 110 personas. Los llamados “extraditables” del cartel de Medellín indicaron que atentaron contra ese vuelo porque en él viajaba uno de los confidentes que había desvelado el paradero del narco Pablo Escobar. En 1985 y 1988 se produjeron los más sangrientos atentados de los años ochenta. En 1985 terroristas de ideología sij hicieron estallar en pleno vuelo un Boeing 747 de la compañía Air India en ruta desde Montreal a Londres, muriendo 329 personas. Tres años después, el vuelo 103 de la Pan Am con destino a Nueva York que había partido desde la capital del Reino Unido explotó en el aire estrellándose sobre la localidad escocesa de Lockerbie. Un total de 270 personas perdieron la vida en un atentado que supera en víctimas mortales al del 11 M y por el que el gobierno libio de Muammar el Gadafi aceptó años después su responsabilidad.

Entre 1990 y 1997 tres fueron los atentados con más de cien muertos, dos de los cuales volvieron a tener como escenario vuelos comerciales. En 1996 un Boeing 767 de la compañía nacional etíope se estrelló tras ser secuestrado por terroristas contrarios al gobierno de Etiopía, causando la muerte de 127 personas. En octubre de 1990 un vuelo interno chino fue secuestrado provocando el terrorista, al forcejear con el piloto, un accidente en el que perecieron 132 personas. El 12 de marzo de 1993 un total de trece bombas explotaron en diferentes puntos de Bombay en un margen de tres horas causando la muerte de 317 personas y heridas a más de un millar. A pesar de que los atentados no fueron reivindicados, se sospecha que extremistas islámicos paquistaníes fueron responsables de la matanza.⁴

3. LA ADAPTACIÓN ANTITERRORISTA FRENTE A LA INNOVACIÓN

Puesto que la innovación constituye una constante en la mentalidad terrorista habida cuenta de que su exitosa aplicación permite incrementar el impacto del terrorismo, esta constatación exige por parte de gobiernos y responsables antiterroristas una adecuada capacidad de adaptación. Al mismo tiempo, esa persistente búsqueda de acciones que permitan a los terroristas acentuar la imagen de vulnerabilidad de las sociedades occidentales contra las que dirigen su violencia reclama amplios esfuerzos preventivos. Con ese fin los expertos antiterroristas deben evaluar el potencial de innovación de los

⁴ Para una comparación entre los tipos de atentado contra vuelos comerciales en diferentes periodos, puede consultarse Jean Luc Marret, *From Lockerbie to Umar Farouk Abdul-Mutallab (Assessing the Destruction of Civilian Air-crafts by Terrorism)*, Transatlantic Security Paper, nº 1, abril de 2010, Centre for Transatlantic Relations.

terroristas, considerando sus deseos por incrementar el nivel de su violencia, no exclusivamente en términos cuantitativos, sino también cualitativos.

Como ya se ha sugerido, el precedente del 11 S sitúa el desafío terrorista en un alto nivel debido al éxito que aquel atentado supuso para Al Qaeda. De ahí la fijación terrorista por atentados en aviones que, junto a los ataques a otras redes de transporte y comunicación, acrecientan la sensación de inseguridad de las democracias liberales contra las que este terrorismo atenta. Al mismo tiempo, la alteración del normal funcionamiento de dichas redes de transporte provoca una considerable alerta además de graves pérdidas económicas incluso en aquellos casos en los que los atentados son frustrados.

Esta misma racionalización se encontraba detrás de la utilización de ciertas tácticas por parte de grupos terroristas que sin llegar a optar por una violencia indiscriminada de niveles similares a la de los atentados de inspiración islamista, también han intentado alterar el funcionamiento de redes de comunicación y transporte. Así, en abril de 1997, en plena campaña electoral que culminaría con la llegada al poder del laborista Tony Blair, el IRA provocó en varias jornadas la evacuación de aeropuertos, autopistas y céntricas calles de la capital londinense mediante avisos de bomba, la mayoría de ellos falsos. El IRA perseguía así conseguir la máxima publicidad combinando dos elementos que hacen del terrorismo un fenómeno con un gran componente teatral, esto es, el miedo y la propaganda.

Estas consideraciones hacen preciso extender el debate sobre el perfeccionamiento de las medidas de protección a otros ámbitos diferentes al aeroportuario, entre ellos el marítimo, el ferroviario y el transporte público de grandes ciudades. Ya en 2004 un destacado mando militar británico reconocía que las autoridades de Reino Unido temían un atentado suicida en el aeropuerto londinense de Heathrow, pero también un ataque de Al Qaeda contra objetivos de la marina mercante en puntos estratégicos como Gibraltar o Suez.⁵

Los obstáculos para el terrorista implícitos a una mejora en la seguridad aérea pueden estimularle a dirigir su atención a blancos más vulnerables. La masacre del 11 M confirma la voluntad terrorista de recurrir a métodos convencionales particularmente letales e indiscriminados de escasa complejidad y riesgo para sus autores. Esta constatación nos recuerda la imposibilidad de alcanzar la seguridad total frente a la amenaza terrorista, al tiempo que nos exige adoptar todas las medidas necesarias para garantizar el mayor nivel de seguridad posible.⁶ Es preciso por ello definir con rigor el fundamental equilibrio entre seguridad y libertad para no descartar determinadas medidas que, en contra de lo denunciado por algunos observadores, incrementan la primera sin merma de la segunda.

Aconsejable es también el desarrollo de una cultura de seguridad en la que, de manera similar a lo que ocurre con la educación vial, la información sobre el fenómeno terrorista se intensifique, si bien con responsabilidad y sin alarma en aras de una mayor eficiencia en la respuesta integrada que desde la sociedad y desde las instituciones debe aportarse. La política antiterrorista no puede renunciar a alertar con mesura, sin alarmar, a una opinión

⁵ *El Mundo*, 6 de agosto de 2004.

⁶ Una útil ilustración de la enorme vulnerabilidad de los sistemas de transporte público y otros “objetivos blandos” en sociedades democráticas como la estadounidense puede encontrarse en los capítulos 5 y 6 de Clark Kent Ervin, *Open target. Where America is Vulnerable to Attack* (New York: Palgrave, 2006).

pública que debe concienciarse de la naturaleza de la amenaza terrorista. Esta concienciación puede facilitar la preparación de ciudadanos y de responsables tanto políticos como del ámbito de la seguridad, favoreciendo, por tanto, la contención de esa avidez por innovar con la que el terrorista persigue la materialización de sus atrocidades. Además las alertas pueden obedecer también al interés de los servicios de inteligencia y de los decisores políticos de alterar la planificación de tentativas terroristas mediante la generación de sospechas entre los activistas, desconocedores éstos del verdadero grado de conocimiento de la actividad criminal que los responsables antiterroristas poseen.

Las incógnitas sobre el auténtico conocimiento o desconocimiento que actores terroristas y antiterroristas tienen de los movimientos del adversario genera interacciones recíprocas y una constante dinámica por evitar una posición de desventaja. Es en ese contexto en el que la innovación puede desequilibrar tan importante relación, suscitando por ello intentos de innovar que impidan su detección. Así por ejemplo, si el terrorista nigeriano que intentó inmolarse en la Navidad de 2009 lo hizo escondiendo explosivos en su ropa interior, otros terroristas pueden intentarlo, por ejemplo, ocultándolos dentro de su propio cuerpo. Existen precedentes ya de este recurso que acentúa la complejidad de una respuesta antiterrorista que reclama la combinación de diferentes técnicas. El 27 de agosto de 2009 un terrorista suicida intentó asesinar a un destacado dirigente del Ministerio del Interior Saudí en la capital del país. De acuerdo con la información aportada por diversas fuentes, pero que no ha llegado a ser confirmada oficialmente, el terrorista se había alojado los explosivos en el recto haciéndolos estallar al aproximarse a su objetivo, que resultó herido.⁷

La utilización de los escáneres corporales que ya ha empezado a utilizarse en algunos aeropuertos internacionales disuadirá a potenciales terroristas y facilitará la detección de explosivos en determinadas partes del cuerpo, sin que su eficacia sea total. A modo de ejemplo, puede señalarse que resulta dudoso que el terrorista nigeriano hubiese sido detectado por un escáner que quizás habría mostrado la imagen borrosa de las partes íntimas donde precisamente escondía sus explosivos. Sin embargo, sí podría haber sido detectado por perros especializados en la detención de explosivos o por un sistema de análisis del comportamiento y del perfil de los pasajeros como el que algunas empresas ya aplican en líneas comerciales.

Así ocurrió con Richard Reid, el terrorista que intentó hacer estallar un avión entre París y Miami en diciembre de 2001. Las sospechas de los encargados de seguridad impidieron el embarque de Reid, que posteriormente fue interrogado por la policía sin que ésta pudiera descubrir los explosivos. Al día siguiente, un nuevo informe negativo de los responsables de seguridad no impidió que Reid embarcara al no hallarse tampoco los explosivos. El sistema falló parcialmente, pues detectó al sospechoso, pero fue incapaz de descubrir el explosivo en el zapato del terrorista al tratarse de una innovación que hasta entonces no había recibido suficiente consideración.

Estas experiencias confirman la necesidad de evitar que la seguridad vaya un paso por detrás del terrorista, reto que reclama un permanente e imaginativo ejercicio de previsión de

⁷ Europol, SC5-Counter Terrorism Unit, *The concealment of Improvised Explosive Devices (IEDs) in rectal cavities*, La Haya, 18 de septiembre de 2008.

escenarios y de análisis de los instrumentos requeridos para contrarrestarlos. La mayor presencia de escáneres y otros métodos de detención como sensores de vapor, de difícil estandarización pero útiles para determinados casos, debe complementarse con el incremento de unidades caninas y de observadores de comportamiento debidamente formados. Estos recursos han demostrado su eficacia a la hora de revelar actitudes sospechosas al combinarse su despliegue con una intensa actividad de rastreo de pistas mediante la exhaustiva inspección de bases de datos, pasaportes, métodos de compra de billetes, tipos de equipaje y rutas de procedencia y destino, entre otros factores.

El desarrollo de medidas que respondan al intenso ritmo de innovación terrorista debe enfatizar asimismo las investigaciones policiales en un estadio anterior a la llegada al aeropuerto. La recolección de inteligencia se erige una vez más en la clave de la prevención demandando por tanto un conveniente mantenimiento de capacidades. Los sucesivos errores en la coordinación entre agencias, como ilustra el fallo en la detección del terrorista nigeriano, revelan preocupantes dinámicas susceptibles de corrección. Este reto se ve dificultado por la necesidad de una coordinación no sólo nacional, sino también internacional.

Las rutinas y la excesiva burocratización inducen a una deficiente motivación de personas cuyos fallos en el cotejo de ciertas informaciones aparecen como aparentemente insignificantes en un momento determinado del ciclo de seguridad pero que, sin embargo, puede tener peligrosas repercusiones al suponer una relevante falla en el engranaje. Un enorme volumen de información que no es convenientemente canalizada abruma y confunde a los responsables de su procesamiento, impidiendo la adecuada explotación de la inteligencia que se derivaría del correcto tratamiento de distintas y complementarias fuentes.

El terrorista se beneficia de las debilidades propias de sistemas democráticos y organizativos que a menudo caen en inercias reactivas que frustran una anticipación pro activa y preventiva. No es por ello infrecuente toparse con fallos de inteligencia de muy diverso tipo y que pueden afectar a la recopilación de la información, pero también a su análisis. Los fallos de inteligencia pueden manifestarse asimismo en la deficiente explotación de la información por parte de las elites políticas, que en ocasiones subestiman los informes elaborados por los servicios de inteligencia. Además, los errores de inteligencia pueden tener su origen en una deficiente comunicación y percepción.

Las evoluciones tácticas y estratégicas dentro del terrorismo demandan una incesante evaluación antiterrorista que aporte indicadores de comportamiento con los que prevenir las tendencias de los terroristas y las alteraciones con los que éstos ambicionan sorprender. Al afanarse en la prevención del atentado terrorista no siempre es posible conocer en qué forma se materializará la amenaza que tememos, pero debemos reducir al máximo posible esa incertidumbre contemplando variados escenarios de riesgo y perfeccionando las respuestas ante ellos. Es ésta una compleja pero imprescindible tarea que debemos acometer para eludir los éxitos terroristas que pueden provocar nuestras deficiencias y limitaciones.

Puesto que los fallos son inherentes a cualquier procedimiento humano, y ya que resulta imposible dotarse de un sistema de seguridad absolutamente infalible, debemos ser conscientes de las graves consecuencias de su falibilidad frente al terrorismo de inspiración islamista para incentivar el mejor de sus funcionamientos. Subestimar los niveles de destrucción que el terrorismo yihadista está dispuesto a perpetrar, eludiendo la inevitable adopción de proporcionadas respuestas como las que semejante amenaza impone, supondría un serio error de la estrategia contra el terrorismo.

4. ARMAS CONVENCIONALES Y DE DESTRUCCIÓN MASIVA

Como ya se ha indicado, la destructiva letalidad que el terrorismo yihadista ha perseguido mediante sus atentados le confiere un elemento de distinción que acrecienta la peligrosidad de la amenaza. Este rasgo se ha visto complementado por la considerable indiscriminación que su violencia anhela, circunstancia ésta que ha convertido los atentados suicidas en una opción preferente dentro del repertorio de tácticas disponibles para el terrorista yihadista. Asimismo, la letalidad como factor de riesgo se acentúa ante la posibilidad del recurso a armas de destrucción masiva por parte de Al Qaeda, grupo que ha mostrado su interés por obtener material destinado a su elaboración mediante componentes químicos, biológicos, radiológicos o nucleares (CBRN, Chemical, Biological, Radiological or Nuclear). Así lo confirmaba un informe de este mismo año en el que se aludía al interés de Al Qaeda por dirigir armas de destrucción masiva contra los Estados Unidos.⁸

No obstante, si bien los gobiernos deben sin duda prever y establecer planes de contención ante el riesgo de semejante escenario, como efectivamente así han hecho, la verdadera materialización del mismo parece más incierta de lo que algunos observadores auguran. Las dificultades que la obtención y diseminación de agentes químicos, biológicos, radiológicos o nucleares plantean obligan a interpretar esa amenaza como posible, pero no tan probable como la que continúan representando los medios más convencionales.⁹ En realidad, como puede demostrarse estadísticamente, los actos de terrorismo perpetrados a través de bombas convencionales continúan representando el método más sangriento y letal de todos los que comprende el amplio repertorio de acciones terroristas.

Hasta los sucesos del 11 S en los que se utilizaron aviones comerciales como armas, los atentados más sangrientos fueron cometidos mediante métodos tan convencionales como los utilizados para atentar contra los vuelos de Pan Am, Air India, Union des Transports, el cuartel de los marines en Beirut, el edificio federal de Oklahoma o los trenes de cercanías de Madrid, continuando con una tradición en el uso de explosivos con la intención de asesinar indiscriminadamente que puede remontarse hasta 1947, fecha en la que el grupo Irgun hizo estallar una bomba en el hotel Rey David de Jerusalén asesinando a 96 personas. Atentados tan letales como el de Oklahoma en 1995 o el de Bali en 2002, que provocaron la muerte de centenares de personas, fueron perpetrados utilizando un fertilizante agrícola como el nitrato de amonio, muy común, barato y de fácil adquisición que también fue empleado en

⁸ "Report says Al-Qaeda still aims to use weapons of mass destruction against U.S.", Joby Warrick, Washington Post, January 26, 2010, http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2010/01/25/AR2010012502598_pf.html.

⁹ Sobre esta cuestión, véase René Pita, *Armas químicas. La Ciencia en manos del mal* (Valencia: Plaza y Valdés, 2008).

el pasado por el grupo terrorista irlandés IRA. En marzo de 2004 la policía británica interceptó media tonelada de este componente en una redada antiterrorista en diversas ciudades del Reino Unido en la que fueron detenidos varios sospechosos de pertenecer a grupos islamistas radicales.¹⁰

No obstante, es cierto que la posibilidad de ampliar dramáticamente el porcentaje de víctimas que las armas de destrucción masiva ofrece, puede resultar enormemente atractiva para algunos terroristas. Al mismo tiempo la efectividad de las acciones suicidas demostrada en algunos ámbitos hace lógico pensar que determinados grupos terroristas contemplan con creciente interés la ejecución de un atentado de ese tipo, que en el caso de contar con el agravante de ser perpetrado mediante armas no convencionales y componentes NBQR podría alcanzar niveles de destrucción que harían que las masacres del 11 S y 11 M casi parecieran insignificantes.¹¹ Todo ello sin olvidar que debido a sus considerables potencialidades los métodos convencionales pueden llegar a convertirse en “armas de efectos masivos”, es decir, capaces de infligir una gran destrucción y un enorme impacto psicológico y económico.¹²

Un riguroso análisis basado en un adecuado equilibrio entre la amenaza real que representa la utilización de armas de destrucción masiva y el potencial de que ésta se materialice resulta absolutamente necesario.¹³ Así lo planteaba poco después del 11 S el prestigioso académico David Rapoport cuando alertaba sobre los peligros de adoptar una reacción desproporcionada ante tan salvajes atentados y como consecuencia de una lógica abundantemente repetida por políticos y medios de comunicación a pesar de carecer, según él, de sólidas bases: el extremismo e indiscriminación demostrado en los atentados de Estados Unidos demostraría que pronto el terrorismo escalaría un estadio más, cuantitativa y cualitativamente, recurriendo a armas de destrucción masiva.¹⁴ Sin embargo, Rapoport, desde su dilatada experiencia académica, concluía que aunque nadie puede demostrar que dichos ataques no ocurrirán jamás, existían muy buenas razones, respaldadas por amplia evidencia histórica, para dudar de que realmente fuera a producirse tan catastrófico escenario.

Ello le llevaba a requerir prudencia con el fin de evitar extender el desconcierto de sociedades bajo el efecto del 11 S aumentando unos temores que hicieran irresistible una respuesta desmesurada, error éste muy común en previas campañas antiterroristas que no es difícil identificar con la forma en la que se acometió la intervención en Irak de 2003 y que precisamente fue justificada por los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña como

¹⁰ La célula de islamistas radicales desmantelada en España en octubre de ese mismo año pretendía atacar contra la Audiencia Nacional con explosivos también convencionales, como revelaba el auto de prisión dictado por el magistrado Baltasar Garzón.

¹¹ Scott Atran, “Mishandling Suicide Terrorism”, p. 70, *The Washington Quarterly*, Summer 2004, 27: 3, pp. 67-90.

¹² Homeland Security Advisory Council, *Weapons of Mass Effect Task Force on Preventing the Entry of Weapons of Mass Effect into the United States*, 2006.

¹³ Sobre la posibilidad de que la amenaza de utilizar armas de destrucción se vea traducida en realidad puede consultarse “Audience and Message: Assessing Terrorist WMD Potential”, Daniel S. Gressang IV, *Terrorism and Political Violence*, Volume 13, Number 3, 2001, pp. 83-106.

¹⁴ “Then and Now: What Have We Learned?” David Rapoport, *Terrorism and Political Violence*, p. xv, vol. 13, nº 3, 2001, pp. xi-xvi.

absolutamente necesaria ante la amenaza de una inminente utilización de armas de destrucción masiva. Asimismo, ante tamaño desafío a la seguridad y el orden establecido que un atentado con armas de destrucción masiva supondría, también sería razonable prever una reacción de gobiernos y opinión pública que contemplara como necesarias draconianas medidas antiterroristas contra los perpetradores, posibilidad ésta que para algunos terroristas podría ejercer un efecto disuasorio. Otros, en cambio, se verían motivados por la posibilidad de desencadenar un peligroso efecto de acción-reacción que favoreciera la reproducción de su violencia.

Por tanto la prudencia y el rigor deben dominar la evaluación de la amenaza que el terrorismo mediante medios no convencionales representa, lo que obliga a tener presente que diversos grupos terroristas han intentado ya adquirir armas nucleares admitiendo otros sus deseos de hacer uso de ellas, entre ellos el propio Osama Bin Laden, para quien la adquisición de armas de destrucción masiva constituye un “deber religioso” que le permitiría crear un nuevo “Hiroshima” en Estados Unidos.¹⁵ Esta terminología expone otro factor que podría contribuir a incentivar al terrorista a utilizar armas de destrucción masiva el cual radica en la creencia de que una mayor espectacularidad y letalidad con atentados de proporciones hasta ahora jamás vistos revertiría positivamente en su imagen ante aquellos de sus simpatizantes más radicales.

Relevante resulta también la relación entre dichos actos y los medios de comunicación al reflejar ésta un aspecto social también significativo para el fenómeno terrorista. El incremento de la letalidad de ciertos actos terroristas puede llevar a considerar otros menos sangrientos de un modo diferente como resultado de una cierta pérdida de sensibilización al asumirse de una manera más rutinaria barbáricos actos de terrorismo que se sitúen más allá de un determinado umbral de tolerancia. Ello podría devenir en un deseo por parte de los terroristas de incrementar el número de fatalidades a modo de reclamo de una atención pública menos interesada en eventos que no producen tales cotas de destrucción.

5. CONCLUSIONES

El terrorismo yihadista continúa representando una amenaza para sociedades democráticas como la española sin que desgraciadamente resulte razonable contemplar su desaparición en el corto y medio plazo. Los deseos por parte de los terroristas de introducir innovaciones tácticas han sido una constante a la largo de la evolución de una amenaza que muestra especial interés por incrementar el impacto físico y psíquico de sus acciones mediante una notable indiscriminación y letalidad. Ante esta realidad resulta imposible predecir todos los escenarios y modalidades posibles por los que los terroristas pueden optar en la búsqueda de espectacularidad que confiera eficacia a su acción criminal. La existencia de numerosos blancos de oportunidad cuya completa protección resulta imposible garantizar en sociedades abiertas obliga a redoblar los esfuerzos por perfeccionar los sistemas de prevención antiterrorista. Por ello, las estrategias preventivas deben sustentarse en el desarrollo de capacidades y planes que mediante su flexible adaptación permitan responder adecuadamente a la diversidad de atentados terroristas con posibilidad de materializarse.

¹⁵ M. Bunn, Anthony Wier y John P. Holdren, *Controlling Warheads and Materials. A Report Card and Action Plan* (Harvard University: Cambridge, Massachusetts, 2003), pp. 1-19.

Las sociedades democráticas y sus amplios regímenes de libertades ofrecen vulnerabilidades que los terroristas convierten en oportunidades que favorecen la aplicación de innovaciones tácticas. Aunque en algunas ocasiones estas innovaciones sean el resultado de los fallos de los sistemas de seguridad, no siempre deben considerarse como tales, sino también como éxitos de los terroristas. Este realismo no debe ser utilizado para subestimar la necesidad de diseñar mecanismos de prevención y respuesta que eviten el mayor número de éxitos terroristas. Semejante objetivo plantea un importante desafío para los sistemas de seguridad e inteligencia responsables de la detención de innovaciones que tan atractivas resultan para los terroristas al poder dotar a sus acciones de una eficacia basada en la sorpresa y en la espectacularidad. La complejidad de la respuesta ante una amenaza difusa de estas características exige la adopción de medidas en diferentes ámbitos con el objetivo de diseñar estrategias integrales que permitan, si no erradicar el fenómeno terrorista, al menos contener su destructivo impacto y los negativos efectos que se derivan del mismo.

Rogelio Alonso¹⁶
Profesor Titular de Ciencia Política
Universidad Rey Juan Carlos

¹⁶ Las ideas contenidas en los Documentos de Opinión son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.